



PROGRAMA INTERUNIVERSITARIO de HISTORIA POLÍTICA

COMENTARIOS a “Las armas de la revolución: el discurso político de los oficiales del Ejército Auxiliar del Perú. El caso del motín de diciembre de 1814.

NOEMÍ GOLDMAN
Instituto Ravnani, UBA/CONICET

Virginia Macchi nos ofrece un sugerente trabajo sobre las motivaciones del motín provocado por un grupo de oficiales del Ejército Auxiliar del Perú, en diciembre de 1814. Dicho motín se produjo contra el nuevo comandante, Carlos María de Alvear, designado por el gobierno central en reemplazo de José Rondeau, quien se encontraba al mando de la tercera expedición al Alto Perú. Pero no se trata aquí de un estudio puntual, sino de una interrogación, a través de lo que V. Macchi denomina “el discurso político” de los oficiales, acerca de las motivaciones políticas de los protagonistas de la revolución; en este caso de los oficiales del Ejército Auxiliar. La autora toma así distancia del tópico de la lucha facciosa como clave interpretativa predominante – ofrecida por los trabajos de Tulio Halperin Donghi- para entender la dinámica política en esos convulsionados años. De manera que voy a centrar mis comentarios en dos puntos, siguiendo la línea argumental de la autora. El primero sobre el problema de las fuentes y el tratamiento de los discursos políticos de los oficiales. El segundo sobre la relación entre estos discursos y las disputas sobre las formas de gobierno.

V. Macchi nos dice que los discursos políticos de los oficiales que protagonizaron el levantamiento del ejército contra el nuevo comandante, lejos de ser únicamente una disputa por el poder o por ambiciones personales, revelaría una cuestión más de fondo: diferentes maneras de concebir la forma de gobierno a adoptarse en el Río de la Plata. Esta constatación se vincula, según el estudio de la autora, no sólo con un cambio de enfoque en el análisis de las fuentes, sino con las fuentes mismas. Al respecto, y con relación a la atinente propuesta de tomar seriamente en consideración las propias

explicaciones de los protagonistas en los textos producidos contemporáneamente al hecho (correspondencia, manifiestos, instrucciones, etc.), -y no sólo en aquellos elaborados con posterioridad en diversas memorias, como las *Memorias* de Paz-, cabe, a mi entender, reconsiderar la afirmación de la autora de que persiste un “escepticismo historiográfico” respecto a la veracidad de los discursos de los actores históricos. Ya sea desde la historia conceptual, la historia de la cultura política o desde la nueva historia política institucional, es evidente la mayor atención que se viene prestando a los discursos y representaciones del periodo, así como a la diversificación de las fuentes para su estudio.

Pero es cierto también que V. Macchi llama nuestra atención sobre un aspecto fundamental en la lectura de las fuentes: el riesgo de prejuzgar sobre la veracidad o falsedad de los testimonios en vinculación con la mera cronología de los acontecimientos. En otros términos, nos advierte sobre la necesidad de no desechar el estudio en sí mismo de las metamorfosis ideológicas de los actores históricos en tiempos de revolución, por presuponer que obedecieron a simples cambios de posición circunstanciales. Por el contrario, en las diversas y a menudo contradictorias posturas de los protagonistas, se encuentran algunas de las claves para entender las concepciones políticas del período. Ahora bien, en la interpretación de esas intenciones cabría, a mi entender, considerar que lo verdadero o lo falso puede también ser parte constitutiva de ese mismo discurso, y en tal sentido, puede también articularse y no desvincularse de conductas facciosas. En otros términos, se puede dar el caso de que para entender el significado de un discurso debamos reconocer que su autor no tiene muy en claro cuáles son sus intenciones, o que se esté engañando en la percepción de las mismas. Además del amplio campo de motivaciones externas que pudieron haber llevado a los protagonistas a implicarse en motines, como el de 1814. En tal sentido, el trabajo se enriquecería con los aportes de los estudios sobre la amplia dimensión de la acción lingüística en los discursos históricos.

Mi segundo comentario se refiere a un aspecto de la disputa sobre la forma de gobierno en el seno de la oficialidad analizado por V. Macchi. El momento que ella analiza es, por cierto, de fuerte incertidumbre entre la paralización de la Asamblea del XIII, la restauración de Fernando VII en el trono y el avance de las posturas conservadoras y antirrepublicanas en Europa. Es en este contexto, al que se le suman el conflicto con la Banda Oriental y la crítica situación del Ejército del Norte luego de las derrotas de

Vilcapugio y Ayohúma en 1813, que se produce el motín de 1814. Motín que no pareciera sólo responder a disputas por el poder sino, por las referencias al monarquismo o al republicanismo que se hacen presentes en los discursos de la oficialidad, a diferentes concepciones sobre las formas de gobierno en vinculación con las formas de concebir las acciones de defensa de los territorios: por la vía diplomática – nos dice V. Macchi- o por las armas.

Estas consideraciones se inspiran asimismo en la nueva historiografía sobre la guerra y la formación de los estados, la cual viene promoviendo renovados interrogantes sobre el vínculo –fundamental en el período- entre la guerra y la política. Pero no es mi propósito aquí realizar consideraciones sobre esta renovación sino sólo señalar un aspecto, que incluye V. Macchi en su trabajo, y que se refiere al Estado. En este punto, sabemos que en el Río de la Plata los diferentes frentes de batalla estaban algo distantes de considerarse integrados dentro de un único Estado revolucionario. Por el contrario, los ejércitos en campaña se encontraban en ciudades y provincias en proceso de reorganización territorial (disolución de las provincias-intendencias y surgimiento de las aspiraciones autonómicas de los pueblos). Justamente fue en el año 1815 en el que las primeras manifestaciones autonómicas de los pueblos alcanzaron un punto crítico con la conmoción general que habría de llevar a la caída del gobierno de Carlos de Alvear. Sabemos también que por la amplitud del movimiento y por las declaraciones de “independencia” esgrimidas por los pueblos ante el poder central, esta crisis ponía en evidencia el carácter provisional de los gobiernos centrales.

Al respecto, considero que el estudio de V. Macchi podría enriquecerse si se formula el siguiente interrogante: ¿Cuánto de ese republicanismo defendido por los oficiales le debe a la oposición a los gobiernos centrales, es decir, a la identificación de los gobiernos centrales con el “despotismo”? V. Macchi advierte el problema, aunque no lo integra totalmente en su análisis, cuando se refiere a la carta que Nicolás Herrera le enviara Rondeau (22 de agosto de 1815), donde le dice: “Desde la revolución hemos visto que todos los gobiernos han desaparecido antes del año de su institución, porque los pueblos no pueden sufrir que un igual los mande mucho tiempo como monarca”. De manera que cabría considerar más ampliamente la cuestión de la indefinición del sistema político en el tratamiento de las motivaciones de los oficiales. En efecto, la aspiración de los protagonistas del período de crear “republicas” en ámbitos locales, no fue ajena a las motivaciones de los jefes de los ejércitos en campaña. Frente a esas aspiraciones, los que sostenía la opción monárquica –entre los cuales se encontraron

también jefes de los ejércitos- solían basarse en la idea según la cual, mientras la monarquía se engrandece por su naturaleza, la república o los gobiernos populares se concentran y reducen. La relación monarquía-república tenía entonces diversos componentes que entraron en juego tanto en las disputas internas como en la lucha externa. Una mejor integración de estas dos facetas en el estudio de los discursos políticos de los oficiales de los ejércitos en campaña, nos daría sin duda un mayor conocimiento de las guerras y sus motivaciones.